

La maldición

Por : Alhazred

Nada había que temer. Eso se comentaba entre quedos susurros, pero nadie se mostraba convencido del todo.

Habían colgado a Martín Cantalejo, el temible malhechor, y ahora se disponían a enterrarlo. Sin embargo, el terror asomaba en los sombríos rostros de los sepultureros. El cadáver, balanceándose a capricho de la brisa, amedrentaba el ánimo de los que se encontraban bajo su influjo.

-¿Habéis escuchado lo que dijo antes de ser ahorcado?- preguntó una comadre, que no se perdía ejecución alguna-. ¿Habéis oído sus últimas palabras?

Los hombres asintieron, asustados, formando un corro como para protegerse de algún peligro indefinible. La mujer sonrió con cierta malicia; después se retiró, achacosa y tosiendo, a su hogar.

-¿Quién lo enterrará?

La pregunta quedó en el aire, huérfana de respuesta. Miradas huidizas, transidas de angustia; talantes que anunciaban el paso de arcaicos temores; indecisos gestos de huida, que pugnaban entre la cobardía y el deber.

El alcalde, observando el panorama, decidió intervenir:

-Se pagará el doble de la tarifa normal -dijo el regidor con voz obsequiosa, las manos sobre los tirantes que sujetaban su amplio pantalón.

El brillo de la codicia asomó durante un instante, pero su interesada luz no tardó en desvanecerse. Alguien escupió al suelo.

-¡Está bien, está bien! Que sea el triple -insistió el alcalde-. Todo con tal de solucionar esto cuanto antes, que ya va siendo hora.

-¡Yo mismo! -anunció de improviso Andrés Medina, un joven solitario y habitual bebedor, cuyo aliento apestaba a coñac barato.

El resto de hombres exhaló un suspiro de alivio, dejando el paso libre al ufano voluntario. Ni siquiera le ayudaron a bajar al criminal del patíbulo. Se limitaron a mirar, alejados a una distancia prudencial.

Envalentonado por su momento de gloria, Andrés Medina cargó con el cuerpo y lo apiló en el carro. Contempló entonces el sombrero de Martín Cantalejo, adornado con su reconocible banda roja. Como última voluntad, el bandido había pedido ser colgado con su sombrero puesto, advirtiendo al respetable sobre las posibles consecuencias de que a alguien se le ocurriese quitárselo incluso después de muerto. Fue una petición cargada de abiertas amenazas, acompañada por una apocalíptica maldición, por lo que nadie se atrevió a negársela.

El joven Andrés Medina se condujo con el carro hasta el cementerio, seguido por un sequito de curiosos. Un grupo de zagales se sumó, dispuestos a tirar a la menor ocasión de su amplio abanico de bromas peligrosas.

Después de cavar, Andrés Medina echó el cuerpo a la fosa, y antes de afanarse con la pala tomó el sombrero de Martín Cantalejo, el temible malhechor. Se lo probó. Le quedaba perfecto, por lo que decidió quedárselo. Alardearía de su gesta en la taberna, y las mozas se rifarían sus favores.

-Mala idea es esa -advirtió un prudente anciano.

-No me asustan las maldiciones – bravuconeó el joven, satisfecho por demostrar su hombría; -además, poca falta va a hacerle ya a este pájaro su jodido sombrero. ¡Me lo quedo yo y punto! Y no quiero que se hable más del asunto, ¿estamos, abuelo?

La faena terminó. Las nubes, grises y alargadas, arrinconaron el crepúsculo, colmando el camposanto de sombras fantasmales. El lúgubre viento otoñal dispersó personas y hojas marchitas por igual. El cementerio se vació, y el joven Andrés Medina se quedó solo. Como los efluvios del alcohol comenzaran a abandonarle, su valentía se evaporó al mismo tiempo. Por ello, no tardó en abandonar el lugar, saludando con el sombrero ante la tumba con cierta mofa.

Al día siguiente fueron a buscar a Andrés Medina, pues no se había presentado a su trabajo de estallar las viñas de don Luciano.

Los hombres se agolparon frente a la puerta de la casa, llamando a golpes y a viva voz; algunas mujeres formaron un nutrido corro, señalando la vivienda y haciendo el signo de la cruz entre bisbiseos. Los críos, parapetados tras los hierbajos, elegían blanco con sus tirachinas.

Como nadie respondiera, echaron la puerta abajo.

Encontraron a Andrés Medina muerto en la cama, el rostro lívido, congelado en una mueca de espanto indescriptible, los brazos echados hacia delante.

Como se pudo comprobar, no había ni rastro del sombrero.

El famoso sombrero de Martín Cantalejo, como descubrieron más tarde, apareció sobre la cruz de su tumba, cuya tierra se veía extrañamente removida.

Nadie jamás osó retirarlo.

Juan Miguel Gutiérrez de la Solana Sánchez
Segundo Premio de Relato Breve
VII Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*